RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Lida, Miranda

La prensa católica y sus lectores en Buenos Aires, 1880-1920

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Lida, M. (2005). La prensa católica y sus lectores en Buenos Aires, 1880-1920. Prismas, 9(9), 119-131. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/2277

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

*La prensa católica y sus lectores en Buenos Aires, 1880-1920**

Miranda Lida

Universidad Torcuato Di Tella

Es muy frecuente encontrar en la historiografía la idea de que la prensa católica, que se desarrolló a fines del siglo XIX, era una prensa eminentemente política, destinada a propagar ideas políticas, religiosas y morales que servirían de arma de combate a la hora de disputar terreno frente a los avances del liberalismo y las transformaciones que traía aparejada la modernidad.[1] Desde esta perspectiva, la prensa católica se presentaba como el baluarte más firme para la defensa de una Iglesia que se sentía amenazada por el proceso de secularización, que pretendía desplazar crecientemente la religión de la sociedad. Así, la historiografía se ha detenido en subrayar el carácter antiliberal del discurso político e ideológico, que podía leerse, en especial, en las columnas editoriales de los periódicos católicos a partir de las décadas finales del siglo XIX, un discurso que encontraba por lo común la fuente de inspiración en las encíclicas pontificias y en las cartas pastorales de los obispos. Pero este tipo de estudios que se ha concentrado en considerar la dimensión política e ideológica de la prensa católica decimonónica, el más frecuente que suele encontrarse acerca de esta materia, perdió de vista sin embargo otras dimensiones que nos interesará poner de relieve en este artículo: nada sabemos acerca de cómo se hacía un periódico católico, dónde y cómo se distribuía, quiénes eran sus lectores, por qué lo compraban y qué usos le daban. Lo que proponemos en este artículo es, pues, una historia social del periodismo católico en la Argentina de fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX.

Comenzaremos por considerar el contexto social en el cual la prensa católica floreció; señalaremos también qué características tenían, en líneas generales, las publicaciones católicas y quiénes eran sus lectores, colaboradores y redactores; ello nos permitirá por último identificar y precisar qué usos se le daba a la prensa católica: estos usos eran múltiples, como veremos, y se vinculaban estrechamente con la sociabilidad parroquial que se tejía en torno de cada templo. Por último, concluiremos que si la prensa católica

* Este artículo constituye una versión ulterior, corregida y revisada, de la ponencia "Sociedad y Estado en la construcción de la Iglesia en la segunda mitad del siglo XIX", presentada en el coloquio "Católicos en el siglo: política y cultura", Universidad Nacional de Quilmes, 27 y 28 de mayo de 2004.

[1] Tim Duncan, "La prensa política: Sud-América, 1884-1892", en E. Gallo y G. Ferrari (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires, 1980; Ana María Stuven, "Ser y deber ser femenino: *La Revista Católica*, 1843-1874", en Paula Alonso (comp.), *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina*, Buenos Aires, 2003; Néstor Tomás Auza, *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Buenos Aires, 1981.

era algo más que un simple mecanismo de adoctrinamiento ideológico en una era amenazada por los avances de la secularización, entonces es la propia idea de la secularización la que quizás convenga poner en entredicho. Y junto con la idea de la secularización, quizás también convenga colocar en entredicho la tesis de la romanización, tan frecuente en la historiografía de los últimos años. Según esta última interpretación, la prensa católica habría formado parte de un proyecto coherentemente articulado de luchar contra los avances de la modernidad y, al mismo tiempo, de consolidar la institución eclesiástica y sus jerarquías supuestamente amenazadas. Trataremos de mostrar, en cambio, que la prensa católica carecía de la homogeneidad ideológica necesaria como para suscribir un proyecto de tales características.

I En la Argentina, las décadas finales del siglo XIX fueron testigo de un crecimiento acelerado de la prensa católica en distintas áreas del país. En especial, fue en las regiones más estrechamente vinculadas con el desarrollo socioeconómico agropecuario, que prosperaron gracias a la inserción de la Argentina en el mercado internacional, donde el desarrollo de la prensa católica se vivió con mayor intensidad: así ocurrió en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba.[2] Este desarrollo socioeconómico, que sirve de escenario al crecimiento de la prensa católica, coincidió además con el momento de la gran inmigración de masas, proveniente en su mayor parte de Italia y España, que alcanzó los 300.000 inmigrantes por año, antes de la Primera Guerra Mundial.[3] La expansión económica, que se había iniciado en las décadas anteriores a 1880, favorecida además por el desarrollo de los transportes y el crecimiento de la población, se aceleró a partir de entonces. En este marco, se poblaron los campos, crecieron nuevos pueblos y pequeñas ciudades a lo largo de un territorio que había permanecido hasta entonces relativamente desértico; estos pujantes pueblos adquirieron su gobierno municipal, su escuela pública y también su iglesia. En este marco, la Iglesia católica no permaneció de ningún modo retrasada con respecto al desarrollo socioeconómico de la región a fines del siglo XIX; por el contrario, ella vivió un acelerado proceso de crecimiento que fue tanto más agudo en las regiones más favorecidas por el ingreso al mercado internacional. En este sentido, nuestra interpretación de este período no coincide con aquellos historiadores que –a veces en clave militante– escribieron una historia del catolicismo ofreciendo la imagen de una Iglesia que a fines del siglo XIX se presentaba como una entidad bastante escuálida, poco consolidada institucionalmente, e incluso en retroceso, bajo el impulso de la secularización. La Iglesia Católica, creemos, no marchaba de ningún modo a contrapelo del progreso.[4]

A medida que la pampa se poblaba y crecía, algo similar ocurría con la Iglesia católica: entre 1880 y 1920 las estructuras pastorales se multiplicaron a un ritmo acelerado, y más todavía en aquellas regiones donde el desarrollo socioeconómico se hizo sentir con

[2] Sobre la prensa católica en la provincia de Córdoba, véase Silvia Roitenburd, "Católicos, entre la política y la fe, 1862-1890", en G. Vidal y P. Vagliente, *Por la señal de la cruz. Estudios sobre Iglesia católica y sociedad en Córdoba, siglos XVII-XX*, Córdoba, 2001; para Buenos Aires, Néstor Tomás Auza, "Un indicador de la cultura bonaerense. El periodismo de 1877 a 1914", *Investigaciones y Ensayos*, Nº 50, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2000.

[3] Acerca de las transformaciones socioeconómicas de la Argentina, véase, entre otros, Pablo Gerchunoff y Lucas Llach, *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, 1998; Ezequiel Gallo, "Política y sociedad en la Argentina, 1870-1916"; Leslie Bethell (ed.), *Historia de América Latina*, Barcelona, 1991, vol. X.

[4] En este sentido, Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Católica...*; Juan Carlos Zuretti, *Nueva historia eclesiástica argentina. Del Concilio de Trento al Vaticano II*, Buenos Aires, 1972.

mayor impacto. El caso más destacado fue, claro está, la provincia de Buenos Aires.[5] Si durante las primeras décadas del siglo XIX el número de las parroquias de Buenos Aires y su campaña sólo creció a un ritmo todavía parecido al del siglo XVIII, nada similar podría decirse con respecto a la etapa que se abrió luego de Caseros. Fue entonces cuando las parroquias de la campaña bonaerense comenzaron a multiplicarse, y más todavía en las dos últimas décadas del siglo XIX: en 1852 se podían contabilizar 33 parroquias en la campaña bonaerense; para 1871 ese número había trepado ya a 51; en 1881 se contaban a su vez 59 parroquias, que habrán de multiplicarse de ahí en más a un ritmo acelerado, luego de la expansión de la frontera, fruto de la campaña del desierto de 1879; así, más tarde, en 1904, podremos encontrar un total de 91 parroquias en la provincia de Buenos Aires, que continuarán multiplicándose... Y menos de dos décadas más tarde, en 1921, la provincia contaba no sólo con 54 parroquias más, sino además con 37 nuevas jurisdicciones eclesiásticas de menor jerarquía.[6] En los cuarenta años transcurridos entre 1880 y 1920, pues, se establecieron en la provincia de Buenos Aires 86 nuevas parroquias, amén de otras jurisdicciones eclesiásticas secundarias. Y no menos significativo fue el crecimiento del clero en este lapso: si en 1900 la diócesis de La Plata, que comprendía la muy pujante provincia de Buenos Aires, contaba con 152 sacerdotes diocesanos, para 1921 ese número se había ya duplicado, hasta alcanzar un total de 320 clérigos que atendían las crecientes capellanías y parroquias de la diócesis; por su parte, también el clero regular se multiplicó a ritmo acelerado en este período, con el arribo de nuevas órdenes religiosas que eran fruto de la inmigración.[7] Y no sólo aumentaba el número de las parroquias y los sacerdotes que las atendían; también crecían junto con ellos las asociaciones parroquiales de distinta índole (beneficencia, caridad, práctica devocional, prácticas litúrgicas, catecismo, etc.) que se nutrían de la participación activa de una feligresía en constante crecimiento, a su vez, gracias a la inmigración masiva.[8]

---

[5] También otras regiones de la Argentina vivieron un importante desarrollo de las estructuras eclesiásticas y pastorales. Para el caso de Córdoba, véase Arthur Liebscher, "Institutionalization and evangelization in the Argentine church: Córdoba under Zenón Bustos, 1906-1919", *The Americas*, vol. XLV, Nº 3, 1989, pp. 363-382. Para el caso de Santa Fe, véase Edgar Stoffel, "La inmigración y su impacto sobre las estructuras eclesiásticas santafesinas, 1856-1898", en *Archivum*, vol. 16, 1994, pp. 145-162.

[6] Acerca del lento proceso de crecimiento de las estructuras pastorales de la campaña antes de 1852, véase María Elena Barral, "En busca de un destino: parroquias y clero rural en la primera mitad del siglo XIX", ponencia presentada en las "XIX Jornadas de Historia Económica", San Martín de los Andes, 13 al 15 de octubre de 2004. Para 1871, véase el correspondiente *Registro estadístico de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1873, pp. 59 y ss. Para 1881, véase la sección "Culto" del *Censo General de la provincia de Buenos Aires de 1881*, Buenos Aires, 1883, p. 417. Para 1904 los datos han sido extraídos del *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de La Plata*, 1904, pp. 346-350. Para las primeras décadas del siglo XX, puede verse la nómina de las parroquias creadas durante el obispado de Terrero en el *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de La Plata*, 1921, p. 50. También hay datos al respecto en Francisco Avellá Cháfer, *Monseñor Francisco Alberti, tercer obispo y primer arzobispo de La Plata*, La Plata, 2002, y, del mismo autor, "Capellanes y curas de las parroquias de la provincia de Buenos Aires", *Estudios*, Nº 442, octubre-diciembre de 1949.

[7] *Boletín eclesiástico de la diócesis de La Plata*, 1921, p. 50. También, véase José Luis Kaufmann, *Fecundidad de la Iglesia platense*, La Plata, 1999. Acerca del crecimiento del clero regular, puede verse el informe al respecto que se presentó en el Congreso Nacional en 1925 en el *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, 1925, vol. 2, pp. 608 y ss.

[8] Son pocos los trabajos que se han detenido a estudiar el vínculo entre inmigración y religión en sentido amplio. Existen algunos estudios de caso, pero no un análisis comprensivo de alcance general que no podemos hacer aquí. Al respecto, Néstor Tomás Auza, *Iglesia e inmigración*, Buenos Aires, CEMLA, 1991; Daniel Santamaría, "Estado, Iglesia e inmigración en la Argentina moderna", *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Nº 14, Buenos Aires, 1990. Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (eds.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, 1985.

En este contexto floreció una prensa católica que circulaba en diferentes niveles. Existían, en primer lugar, los grandes diarios que se publicaban en la ciudad de Buenos Aires pero cuya circulación era de alcance más amplio dado que podían llegar con relativa facilidad a las más importantes ciudades del país, a través del ferrocarril. En esta primera categoría debemos incluir los diarios *La América del Sud* (1876-1880), *La Unión* (1881-1889), *La Voz de la Iglesia* (1882-1911) y *El Pueblo* (fundado en 1900), periódicos que se preocupaban por imitar en lo posible a los grandes diarios "liberales", que eran a veces sus interlocutores e incluso sus competidores. En un segundo nivel encontramos los periódicos católicos de publicación local que comenzaron a publicarse en las más importantes ciudades de la provincia de Buenos Aires, a medida que ellas prosperaban; este tipo de publicación regional creció, en especial, luego de 1890. Los periódicos católicos locales, muchas veces bajo la batuta del sacerdote del lugar, servían no sólo para articular las distintas expresiones del catolicismo local, sino además para amplificar su voz ante los grandes diarios de la ciudad de Buenos Aires, con los que construyeron estrechas relaciones: así, era frecuente que el diario católico de la ciudad de Buenos Aires publicara noticias extraídas de los diarios regionales, consolidando redes de solidaridad entre ellos.[9] Además, existían en un tercer nivel las publicaciones de índole parroquial, destinadas a una feligresía muy acotada. A veces estas publicaciones eran minúsculas y se conformaban con ser sólo unas pocas hojas sueltas que se entregaban el domingo a la salida de la misa; no obstante, si se trataba de una parroquia importante, la publicación parroquial podía alcanzar mayor repercusión: así el caso de la revista *La Buena Lectura* de la parroquia de La Merced, una de las más tradicionales del centro de Buenos Aires, publicación que fue fundada en 1879 y se publicó sin interrupciones durante más de cincuenta años. También, en este mismo sentido se puede mencionar, por ejemplo, la revista de la basílica de Luján, *La Perla del Plata*, que vio la luz en 1890. Otra expresión de la prensa católica que merece ser destacada es la que se hallaba estrechamente vinculada con las comunidades de inmigrantes: en este sentido puede por ejemplo mencionarse el periódico *The Southern Cross* de la comunidad irlandesa o la publicación de los italianos, *Cristoforo Colombo*.[10] En fin, los periódicos católicos de la ciudad de Buenos Aires, en los que concentraremos nuestro análisis en las próximas páginas, se insertaban en un entramado muy denso de parroquias, publicaciones, asociaciones católicas y feligreses; la prensa católica tenía estrechos lazos, pues, con la sociedad.

II ¿Cómo eran las publicaciones católicas de fines del siglo XIX, y las dos primeras décadas del siglo XX? Independientemente de su diversidad y su creciente número a medida que transcurrían los años, pueden trazarse algunos rasgos generales que ellas compartían. En primer lugar, se trata de publicaciones que, a pesar de que muchas veces contaban con sus propios talleres e imprentas, carecían de servicios informativos modernos

[9] Nóminas de las publicaciones católicas de Buenos Aires se encuentran en Ignacio Orzali, *La prensa argentina*, Buenos Aires-La Plata, Peuser, 1893; "La buena prensa en la diócesis de La Plata", *El Pueblo*, 19 de junio de 1909. Una nómina de las más de setenta publicaciones existentes hacia 1915 en Buenos Aires puede verse en la *Guía eclesiástica de la República Argentina* (dirección: Santiago Ussher), Buenos Aires, Cabaut Editores/Librería del Colegio, 1915.

[10] Acerca de los irlandeses, véase Juan Carlos Korol e Hilda Sabato, *Cómo fue la inmigración irlandesa en la Argentina*, Buenos Aires, 1981; sobre los italianos, Fernando Devoto, *Estudios sobre emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*, Napoli, 1991, y Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (eds.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, 1985.

–no contaban con servicios telegráficos– deficiencia que se hizo sentir cada vez con mayor fuerza en el caso de los diarios católicos; mientras la prensa laica estaba por entonces ingresando de lleno en el proceso de modernización de la actividad periodística a fines del siglo XIX, con servicios informativos cada vez más profesionales (así el caso de *La Prensa* y *La Nación*), la prensa católica se quedó completamente rezagada en el período que aquí estudiamos: las noticias que publicaba las recababa de otras publicaciones, a diferencia de los grandes diarios que contaban con servicios informativos profesionales y se preocupaban por ofrecerle al lector la noticia más reciente.[11] Asimismo, el periodismo católico carecía de corresponsales profesionales de tal modo que se vio obligado a suplir esta deficiencia con colaboraciones de carácter *amateur*, no siempre de la mejor calidad periodística. Ello redundaba en un abundante número de noticias que aparecían en las páginas del diario publicadas en primera persona.[12] Véase en este sentido cómo el periódico católico *La Unión* caracterizaba a sus colaboradores:

> Esta clase de colaboradores puede distribuirse en tres categorías: el colaborador anónimo, murmurador, maledicente, cateador de escándalos, que tiene siempre una denuncia en el bolsillo; el colaborador noticioso, cronista por carambola, frecuentador de bailes menudos, saludador de los que parten y los que llegan; el colaborador solemne, con grandes aires de literato, provisto de un estilo rimbombante (cuando tiene estilo), hueco y sonoro como una lata vacía, insípido, aburrido como un tren nocturno.[13]

En ninguno de ellos se podía confiar demasiado, concluía el redactor. En este mismo sentido, constituía también una limitación de la prensa católica el hecho de que este tipo de publicaciones se vendiera únicamente por suscripción; a diferencia de la prensa "laica", los periódicos católicos no se vendían ni se voceaban en la calle, sino que contaban con un círculo estrecho de clientes que resultaba muy difícil de incrementar. El sistema de suscripción le garantizaba una cuota de lectores fijos pero al mismo tiempo sustraía al periódico de la necesidad de salir a la caza de nuevos lectores, competir en el mercado y atraer nuevo público; lejos de ello, se mantenía gracias a un estrecho círculo de fieles lectores que renovaban año a año su suscripción. Las estrechas redes de suscriptores de cada publicación católica se construían en torno a agentes locales que se encargaban tanto de la distribución del periódico como de cobrarle a los suscriptores sus respectivas cuotas; estos agentes solían establecerse en las diversas parroquias, centro desde el cual podían coordinar la distribución y la venta de nuevas suscripciones y ejemplares. De este modo, la producción, la venta, la distribución y el consumo del periódico católico se tornaba completamente dependiente de unas muy intrincadas redes de lectores, agentes y feligreses, sin competir libremente en el mercado. No era ésta una prensa moderna, profesional e impersonal, en los términos de Ernesto Quesada.[14] Es frecuente advertir cómo los lectores son al mismo tiempo no sólo colaborado-

[11] Un estudio sobre la modernización editorial en *La Prensa* en Diego Valenzuela, "En camino de la empresa periodística: el caso del diario "La Prensa" durante la década de 1870", tesis de maestría, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 2002.

[12] Incluso en fechas tardías puede advertirse este rasgo peculiar: "En la capilla de Corpus Christi", *El Pueblo*, 2 de junio de 1914; "En la iglesia de Sion", *El Pueblo*, 6 de octubre de 1914; "De Ramos Mejía", *El Pueblo*, 11 de febrero de 1916.

[13] "Los colaboradores", *La Unión*, 28 de diciembre de 1887.

[14] E. Quesada, "El periodismo argentino 1877-1883", *Nueva revista de Buenos Aires*, t. IX, 1883, pp. 72-101.

res espontáneos e improvisados del periódico –a falta de corresponsales profesionales que las publicaciones no estaban en condiciones de costear–; son además ellos mismos los agentes que se encargan de distribuir, difundir y hacer conocer a nivel local y parroquial la publicación de su preferencia. Así, por ejemplo, podemos tomar el caso de la revista de la basílica de Luján, *La Perla del Plata*, que había sido fundada en 1890, y se complacía del aumento constante de los agentes voluntarios que la publicación lograba reclutar a fines del siglo XIX: "Es digno de observación el número de personas que se ofrecen por todas partes espontánea y desinteresadamente para desempeñar el cargo de agentes de esta revista, o que lo aceptan a la menor indicación sin retribución ninguna".[15]

Los rasgos que hemos mencionado convertían al periodismo católico de fines del siglo XIX en un tipo peculiar de prensa que no lograba del todo profesionalizarse. De cualquier forma, el periodismo católico no tenía por entonces plena conciencia, en general, de que se encontraba a la zaga con respecto a las demás publicaciones periódicas, cada vez más refinadas y profesionales. El periodismo católico sólo cobró plena conciencia de su retraso técnico y profesional a la hora de la Primera Guerra Mundial, cuando no pudo responder a la creciente avidez de los lectores por la información, dado que carecía todavía de los servicios telegráficos propios de un diario moderno. Así habrá de constatarlo en 1917 el director del diario católico *El Pueblo*, quien advirtió que el periódico no estaba en condiciones de "competir aun desde el punto de vista informativo con los demás diarios que se vocean en las calles".[16] Pese a todas sus limitaciones, la prensa católica conservó su estrecha y fija clientela, que continuó suscribiéndose al periódico a lo largo de los años. ¿Por qué lo hacía? Esto nos conduce a otro problema: la identificación de los usos que se le daba a esta prensa en este contexto social de fines del siglo XIX y dos primeras décadas del siglo XX.

III Los usos que se le daba al periódico católico eran, en este contexto, múltiples, casi infinitos; restringir el análisis de la prensa católica a sus intervenciones de índole político-ideológica es mostrar una porción demasiado pequeña de un universo que es mucho más rico y complejo.

El periódico católico servía para invitar a participar en las principales festividades religiosas: era el lugar donde se anunciaban las fiestas patronales que tenían lugar en cada parroquia y en cada pueblo de la provincia de Buenos Aires, y donde se invitaba al público a asistir. Estas fiestas solían contar con bazares, rifas, juegos y entretenimientos, así como también –en el solemne momento de la misa– con la activa participación de los laicos en la liturgia: eran éstos quienes se encargaban de preparar los cultos, ensayar las misas, cantar en los coros e incluso eran capaces de introducir en el templo instrumentos musicales de lo más refinados, tales como el arpa, el piano, la mandolina.[17] En la prensa católica se informaba el completo programa de festejos que se llevaría a cabo en cada una de estas fiestas y, más importante aun, quiénes se esperaba que estuvieran presentes en cada

[15] *La Perla del Plata*, 22 de octubre de 1893, p. 714.
[16] "Un día que habremos menester", *El Pueblo*, 14 de septiembre de 1917, p. 1.

[17] En el cambio de siglo, los ejemplos de este tipo de eventos son innumerables: en San Andrés de Giles se bendecía un altar en 1901, y en esa ocasión los violines, mandolina, armonium, flauta, violoncello y coro estuvieron a cargo de las señoritas de la parroquia, en "De Giles", *La Voz de la Iglesia*, 20 de julio de 1901; en Bragado, se hizo un enorme esfuerzo en 1903 para interpretar la marcha fúnebre de Wagner, en la misa que se celebró en honor de León XIII, "En el Bragado", *La Voz de la Iglesia*, 28 de agosto de 1903.

caso. En las parroquias más conspicuas estos festejos podían estar patrocinados por familias de importantes apellidos que apadrinaban las fiestas y las prestigiaban con su sola presencia. Así, por ejemplo, en ocasión de las fiestas patronales de San Fernando, importante localidad de veraneo a la cual solían asistir las familias más encumbradas, el periódico *La Voz de la Iglesia* comentaba: "Dada la extensión que el programa comprende y la clase de personas que no dudamos asistirán, repetimos que estas fiestas constituirán un verdadero acontecimiento religioso social".[18]

Entre los diversos usos que podía adoptar la prensa católica, podemos además señalar que el diario católico era el espacio por excelencia para hacer colectas con cualquier objeto que tuviera relación con la vida religiosa de una parroquia. Por ejemplo, solía publicarse en el diario que en las parroquias más apartadas, marginales, pobres y con templos en condiciones muchas veces precarias, los niños del catecismo carecían de los trajes apropiados para su comunión y, por consiguiente, se solicitaba la contribución de los lectores para que tuvieran sus respectivos trajes, a tono con la circunstancia.[19] Otros avisos y pedidos de esta misma índole eran los que tenían por objeto la obtención de recursos para construir, refaccionar u ornamentar alguno de los tantos templos de Buenos Aires que, según hemos ya indicado, se encontraban frecuentemente en obra, en un momento de florecimiento económico. Según las palabras de un fiel testigo de este proceso –se trata de Mariano Espinosa, más tarde arzobispo–, "todos los templos de la provincia de Buenos Aires y del mundo entero se van haciendo con las limosnas que se van recogiendo, a medida que se va trabajando".[20] Había publicaciones católicas que nacieron con el solo objeto de recabar fondos en pos de la construcción de un templo: así ocurrió por ejemplo con *La Perla del Plata*, que salió a la calle poco después de que se pusiera en marcha el proyecto de construir en Luján una basílica en estilo neogótico destinada al santuario de la Virgen; era éste un proyecto ambicioso que exigía para su construcción una vasta movilización de recursos económicos. La revista jugó un importante papel en este sentido; ya en su primer número declaraba que se encargaría de reflejar "el movimiento de peregrinos y visitantes al santuario de Luján; las ofrendas en metálico u objetos".[21]

La prensa católica refleja este proceso con nitidez en la vasta extensión de la pampa; pone en evidencia el modo en que los vecinos de cada pueblo de la provincia de Buenos Aires solían involucrarse en la construcción del templo parroquial, contribuyendo con él por todos los medios que estuvieran a su alcance: podían sencillamente comprometerse a aportar donativos en dinero, para lo cual se "levantaban suscripciones" al efecto, como se decía en el lenguaje de la época;[22] también

[18] "Las grandes fiestas en San Fernando", *La Voz de la Iglesia*, 24 de enero de 1896.

[19] Véase por ejemplo el siguiente aviso: "A las personas caritativas. Cinco niños del colegio del Círculo de Obreros de San Carlos [barrio obrero de Buenos Aires] están preparados para recibir la primera comunión el 8 de diciembre pero carecen del traje adecuado [...]. Las personas caritativas que deseen practicar la buena obra de costear uno o más trajes pueden dirigirse al [...] despacho parroquial de San Carlos", "A las personas caritativas", *El Pueblo*, 1 de diciembre de 1908.

[20] "Informe de misión en Pigüé" [por Mariano Espinosa, entonces vicario general del arzobispado de Buenos Aires], reproducido en *La Buena Lectura*, 1 de febrero de 1896.

[21] Juan Antonio Presas, *Anales de Nuestra Señora de Luján: trabajo histórico-documental 1630-1982*, Morón, 1983, p. 207.

[22] Los ejemplos en este sentido son numerosos: para construir el templo de San Andrés de Giles, que estaba presupuestado en $ 530.000, la Municipalidad contaba sólo con $ 150.000 y el resto esperaba obtenerlos de una suscripción, cf. Secundino Néstor García, *Historia de San Andrés de Giles desde sus orígenes hasta 1930*, San Andrés de Giles, 1986, p. 176; en Bragado, al igual que en muchos otros lados, la suscripción se llevó a cabo

era frecuente la donación de ladrillos u otros materiales de construcción destinados a las obras que eran cedidos por albañiles o por los dueños de los hornos de ladrillos;[23] otra variante era igualmente la contribución con ornamentación para el futuro templo, a través de la donación de altares o imágenes religiosas que podía provenir de una vieja capilla privada;[24] podían además obtener a su favor mano de obra gratuita por parte de peones y jornaleros que, a fin de no quedarse afuera del emprendimiento del pueblo en el cual querían participar a toda costa, cedían aquello que ellos tenían, vale decir, su propia fuerza de trabajo. Los vecinos, pues, participaban de la vida de su templo en muchos sentidos. La parroquia no era simplemente el lugar en el cual se asistía a la misa los domingos; más importante aún, era un centro de la sociabilidad vecinal: los vecinos participaban en múltiples instancias de la vida de su parroquia y de su pueblo. Por ejemplo, eran ellos quienes componían las comisiones vecinales pro-templo, comisiones de vecinos que se encargaban de obtener los recursos que se necesitaban ya sea para construir, refaccionar o decorar el templo a través de múltiples vías que contribuían a afianzar la sociabilidad local, ya sea por medio de la organización de conciertos, a cargo de aficionados, es decir, los propios vecinos las más de las veces;[25] la puesta en escena de obras de teatro;[26] la organización de bazares y rifas de cuya gestión se encargaban por lo general las "principales" mujeres de la localidad. Por ejemplo, en San Justo, localidad de la provincia de Buenos Aires, "una sociedad de respetables matronas [...] se propone abrir un bazar de importantes objetos donados que se rifarán en beneficio de la obra del templo".[27] Y si la envergadura de la obra en curso lo justificaba, se podía incluso organizar un verdadero "festival" que incluyera una kermese que combinaba la feria, la música, el teatro, el bazar, las rifas, juegos, baile y otros entretenimientos –todo ello con el aval del arzobispo, por cierto–: así se hizo en 1898, a fin de juntar fondos nada menos que para el santuario de Luján.[28]

Pero la prensa católica no sólo se encargaba de reflejar las actividades de los vecinos; más aún: las estimulaba, gracias a la publicación recurrente de las noticias que daban cuenta de la vida parroquial. No sólo era el lugar por excelencia al cual acudían las comisiones pro-templo para hacer públicas sus necesidades a través de avisos tales como el siguiente:

> Les pedimos perseveren ardientemente en la tarea emprendida muniendo lo más brevemente posible al lindo pueblo de Las Conchas de un templo digno de su cultura, de la alta sociedad de Buenos Aires que

"con los auspicios de un núcleo de vecinos caracterizados", cf. Juan R. Moya, *Contribución a la historia de Bragado*, La Plata, 1957, p. 169.

[23] Por ejemplo, en 1890 un albañil de San Isidro donaba arena y otros materiales para la construcción del templo de Olivos. Véase "La capilla de Olivos", *La Voz de la Iglesia*, 12 de abril de 1890.

[24] Véase Ricardo Llanes, *El barrio de San Cristóbal*, Buenos Aires, 1970, p. 23.

[25] Véase "Concierto en San Fernando", *La América del Sud*, 26 de enero de 1877; "A beneficio de un templo", *La América del Sud*, 4 de diciembre de 1877 (donde se anuncia la realización de una "matinée musical, a cargo de aficionadas); también: "Bazar de caridad", *La Unión*, 17 de julio de 1887, donde se anuncia un concierto en el que participan "las principales niñas de la parroquia".

[26] En la década de 1870 se popularizaron las obras de Fernández Espadero (*Pureza y vicio*, *Las campanas del monasterio*) que se solían representar en los pueblos de campaña. Sus obras, además, se difundían en *El católico argentino*, que publicó un folletín de este mismo autor a partir de julio de 1875.

[27] "San Justo", *La América del Sud*, 3 de julio de 1877. Asimismo, el 24 de septiembre de 1878 ese periódico anunciaba: "las damas de Belgrano preparan activamente un bazar cuyo producto se destina a las obras del templo de la localidad". Algo similar ocurría en el Pilar, *La América del Sud*, 11 de octubre de 1878.

[28] Véase "Festival por el Santuario de Luján", *La Buena Lectura*, 29 de enero de 1898.

> allí reside en verano y de los antiguos fundadores y vecinos allí conocidos, seriamente empeñados en secundar al digno cura vicario.[29]

Tenía además un efecto multiplicador, dado que a la publicación de un aviso le seguirán otros. Una vez reunidos los fondos para el templo en obra, era frecuente que la prensa publicara, con los respectivos nombres y apellidos, los listados de quienes se habían tomado el trabajo de contribuir con las obras. Estas listas tienen una particularidad: podían ser interminables e incluso crecer con el correr de los días, dado que a medida que se iban publicando las primeras suscripciones, se recibían nuevas contribuciones, que a su vez se publicaban, incrementando las listas y por supuesto las donaciones obtenidas.[30] De tal modo que bien podría pensarse que esta recurrente publicación de listas es una espiral que se alimenta mutuamente: unos colaboran cuando advierten que otros lo han hecho, y de este modo un gran número de apellidos termina por aparecer en el periódico. Este mecanismo funcionaba exitosamente, para sorpresa muchas veces del propio periódico, que no hacía más que admirarse del éxito obtenido; por ejemplo, en 1877 *La América del Sud* declaraba que "los fieles de Carmen de Areco parece que rivalizaran en generosidad para con la Casa del Señor".[31] En definitiva: nadie quería quedar fuera de los listados que se publicaban en los diarios.

Pero esto no se agotaba aquí: la prensa podía ser utilizada además como una herramienta para ejercer influencia ante la autoridad eclesiástica. Los vecinos y fieles de las parroquias dispersas a lo largo de la pampa solían recurrir a la prensa con el objeto de expresar sus inquietudes e intereses. Así, por ejemplo, podían dirigirse a la prensa con el objeto de interpelar a la autoridad eclesiástica; puede verse, pues, que el periodismo católico no dependía directamente de los obispos ni se hallaban bajo su autoridad estrecha. Más bien, lo que ocurría era que el periódico se convertía en una bisagra que conectaba a la autoridad eclesiástica con las muy dispersas y heterogéneas feligresías, distribuidas a lo largo de la pampa. La prensa católica era el principal canal de comunicación entre los pujantes pueblos de la provincia de Buenos Aires con la autoridad eclesiástica, una autoridad de la que dependían las decisiones acerca de, entre tantas otras cosas, la creación de nuevas parroquias.[32] Si consideramos que tener una parroquia propia era un signo de "mayoría de edad" para los pueblos de la provincia de más reciente creación, que no se conformaban con ser simples "pueblos", sino que aspiraban a que se los percibiera y tratara como verdaderas ciudades, no es de extrañar que sus pobladores se esforzaran por obtener ese galardón. Con este objeto, el contacto con la prensa era el recurso más preciado con el que contaban: por ejemplo, los vecinos de la localidad de Marcos Paz enviaban en 1879 un

[29] *La América del Sud. Diario católico, político, comercial y de intereses generales*, 12 de febrero de 1879.

[30] El 2 de febrero de 1877 *La América del Sud* publicaba la "primera lista de las personas que hasta la fecha se han suscripto a la obra del altar en honor de la Virgen de Lourdes". Claro que a ella le seguirán otras. Otros ejemplos en "Donativos", *La voz de la Iglesia*, 4 de febrero de 1897; "Donación", *El Pueblo*, 26 de enero de 1906.

[31] "Más donativos", *La América del Sud*, 3 de julio de 1877.

[32] Téngase en cuenta que la totalidad de la provincia de Buenos Aires dependió entre 1897 y 1934 de una única jurisdicción eclesiástica: la diócesis de La Plata. Recién en 1934 esta vasta jurisdicción diocesana fue fragmentada, cuando fue elevada a sede arquidiocesana, subdividiéndose su territorio en los nuevos obispados de Bahía Blanca, Mercedes y Azul. Puede colegirse de allí la importancia que La Plata tenía en la Iglesia argentina de comienzos del siglo XX. No obstante, la historiografía lo ha pasado completamente por alto. Hemos llamado la atención sobre este punto en otro lugar: Miranda Lida, "Catolicismo y peronismo: debates, problemas, preguntas", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, en prensa.

"comunicado" a la prensa católica informando que habían terminado de construir su templo y esperaban la visita del arzobispo con enormes expectativas ya que, según confiaban, no tardarían en obtener el rango de parroquia.[33]

Puede verse que los fieles de cada parroquia participaban intensamente en la vida religiosa de su localidad. Y ello redundaba, a veces, en su interés por tomar partido en todas aquellas decisiones concernientes a la vida de su templo; por ejemplo, era frecuente que opinaran acerca del nombramiento de los sacerdotes que se hacían cargo de atender el culto en los diferentes templos. También era frecuente que intervinieran cuando un párroco amenazaba con renunciar; los vecinos lo hacían a través de cartas remitidas al arzobispado, cartas que podían cobrar fuerza si lograban ser reproducidas en un periódico de Buenos Aires.[34] Asimismo, son igualmente abundantes los casos en los que los vecinos, a través de la prensa, le hacían conocer a la autoridad eclesiástica sus inquietudes y necesidades religiosas; por ejemplo, en 1886 el periódico *La Unión* intervenía, en primera persona, para solicitar, con el circunloquio de "a quien corresponda" –no podía ser sino la autoridad eclesiástica– que se ocupara de atender el reclamo de los vecinos de un curato de campaña que hacía casi un año que permanecía vacante:

> Va a hacer un año que Suipacha se halla desprovista de cura titular. [...] Muchas familias que no quieren tener sus hijos sin bautizar se costean hasta Mercedes [...]. No pidamos después a los pueblos de la campaña que cumplan con los deberes religiosos si faltan quienes deben darles el ejemplo [...]. *Nos permitimos poner en conocimiento de quien corresponda* estos hechos a fin de que se ponga pronto remedio al mal. Suipacha necesita un cura y es sólo cuestión de buena voluntad el dárselo.[35]

Nombramientos de sacerdotes, creaciones de nuevas parroquias y otras tantas decisiones relativas al gobierno eclesiástico eran materia sobre la cual la prensa católica opinaba todo el tiempo; y esta opinión el periódico la emitía muchas veces a instancias de los propios vecinos de las diferentes localidades que hacían de la prensa católica algo más que un simple canal de comunicación: era un mecanismo para ejercer su influencia. La prensa podía incluso involucrarse en verdaderos caprichos por parte de los vecinos; así ocurrió en la parroquia de Ramos Mejía, importante centro de veraneo de distinguidas familias porteñas, donde los fieles (y veraneantes) reclamaban que se modificara la advocación que llevaba el templo parroquial, bajo el nombre de Nuestra Señora del Carmen, por el de la Inmaculada Concepción. *La Voz de la Iglesia* explicaba que "motiva esta atendible solicitud la circunstancia de ocurrir aquella fiesta [del Carmen] en invierno, generalmente en tiempo poco propicio para fiestas, y de que en diciembre se encuentran ya las familias piadosas que veranean en esta localidad". Y el periódico no se limitaba, sencillamente, a transmitir la inquietud de los vecinos y veraneantes, sino que agregaba, en primera persona: "como no se trata más que de un cambio de advocación [...] opinamos que la curia platense no opondrá dificultades a esta solicitud".[36]

[33] "El pueblo Marcos Paz", *La América del Sud*, 16 de abril de 1879. Otros ejemplos en este mismo sentido en "Parroquia de Rivadavia", *La Voz de la Iglesia*, 4 de noviembre de 1903; "De Temperley", *El Pueblo*, 7 de julio de 1910.

[34] Algunos ejemplos en este sentido pueden verse en "De la provincia. Lobos", *El Pueblo*, 18 de agosto de 1901; "De Mercedes", *La Voz de la Iglesia*, 12 de septiembre de 1904; "El señor cura de San Isidro. Retiro de su renuncia", *La Voz de la Iglesia*, 17 de octubre de 1905.

[35] "En Suipacha", *La Unión*, 25 de septiembre de 1886.

[36] "Ramos Mejía. Cambio de titular", *La Voz de la Iglesia*, 30 de octubre de 1903.

Las intervenciones en primera persona del diario sugieren la idea de que el periódico católico era mucho más que una hoja impresa; era un actor en sí mismo que podía ejercer influencia, en especial, en las decisiones episcopales. Citaremos un ejemplo, entre muchos otros, que podríamos considerar en este sentido: en 1906 circulaba el rumor de que el presbítero Gustavo Franceschi, por entonces el teniente cura de la parroquia de La Piedad y, a la sazón, frecuente colaborador del periódico *La Voz de la Iglesia*, sería promovido como titular a la parroquia de Belgrano. Una vez difundida la noticia, el periódico en el que trabajaba no tardó en expresar su preocupación por aquel nombramiento que, según estimaba, le restaría uno de sus mejores colaboradores: el periódico temía que las tareas parroquiales absorbieran por completo al joven presbítero. De más está decir que no guardó silencio al respecto: "no sabemos si aplaudir u objetar esta designación [...] El egoísmo y el interés tiran para la casa. Era un colaborador número uno y tal vez con la suma de nuevos trabajos ladee un poco la pluma".[37] No podemos determinar con precisión qué influjo pudieron haber tenido estas líneas en la decisión arzobispal acerca de aquel nombramiento, pero es un hecho que Gustavo Franceschi no fue jamás cura párroco... Y poco más tarde se convertía en un colaborador permanente de la *Revista eclesiástica del Arzobispado de Buenos Aires*. Desde este puesto comenzó a abrirse terreno en el mundo intelectual y en el periodismo católico, una carrera que se vio coronada en 1932 cuando se hizo cargo de la dirección del muy prestigioso semanario *Criterio*.[38] En fin, lo que nos interesa destacar aquí es el hecho de que el periódico católico fue un importante actor que contribuyó a encauzar la carrera eclesiástica de este talentoso sacerdote. Los usos que encontraba el periodismo católico eran múltiples.

IV

Estamos ahora en condiciones de abordar algunas discusiones de carácter más general a las que nos condujo nuestro estudio de la prensa católica de Buenos Aires. En primer lugar, creemos que es necesario someter a crítica la idea por lo demás frecuente en la historiografía de que el siglo XIX experimentó notables e irreversibles avances en el proceso de secularización, de la mano de las reformas liberales.[39] Las leyes laicas introducidas en la Argentina en la década de 1880 –enseñanza laica en 1884, matrimonio civil en 1888–, que contribuyeron a modificar sustancialmente la relación que la Iglesia Católica tenía con el Estado, le permitieron a la Iglesia emanciparse de la tutela del Estado pero no erosionaron de ningún modo la presencia que la Iglesia tenía en la sociedad.[40] La prensa católica que se desplegó crecientemente desde entonces es una buena prueba de ello; a partir de la década de 1880 no sólo se multiplicaron las publicaciones periódicas católicas, sino que fue entonces cuando nacieron las primeras casas editoriales católicas, que distribuían libros y folletos en las principales ciudades del país a través de redes de distribución fortalecidas a su vez por la circulación de los diarios católicos, donde

[37] "Provisión de curatos", *La Voz de la Iglesia*, 19 de octubre de 1906.

[38] Acerca de la figura de Gustavo Franceschi, véase Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías en la Argentina entre 1930 y 1945*, Buenos Aires, 2003, entre otros trabajos.

[39] Para una discusión acerca del concepto de secularización, véase Miranda Lida, "Secularización", en Francis Korn y Miguel de Asúa, *Errores eruditos y otras consideraciones*, Instituto de Investigaciones Sociales de la Academia Nacional de Ciencias, 2004, pp. 126-131.

[40] Acerca de la relación entre la Iglesia y el Estado argentinos a fines del siglo XIX véase Miranda Lida, "De los recursos de fuerza o de las transformaciones de la Iglesia y del Estado en la segunda mitad del siglo XIX", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Nº 26, Buenos Aires, 2º semestre de 2004.

se difundían y promocionaban estas iniciativas editoriales. En este sentido se destacan la "Sociedad Propagación de Buenos Libros", fundada en 1888 –que tenía contactos en diversas provincias e incluso en el Uruguay– así como la publicación de los salesianos, *Lecturas católicas* que, a precios baratos, ponía todos los meses al alcance del lector ejemplares de más de cien páginas que reunían novelas, lecturas piadosas y morales.[41] Estas publicaciones encontraban en las parroquias, centros salesianos y diversos espacios de sociabilidad católica sus principales ámbitos de difusión y distribución. Así, pues, la cultura católica, la prensa y las publicaciones comenzaron desde fines del siglo XIX a construir redes de difusión y distribución que ponían en evidencia las estrechas relaciones que la Iglesia Católica tenía con la sociedad.

Podemos avanzar aun más en la discusión. En un contexto donde las asociaciones parroquiales gozaban de una participación activa en la vida de la Iglesia y donde la prensa reflejaría esta participación de tal modo que es difícil considerarla como un simple mecanismo de adoctrinamiento por parte de la autoridad eclesiástica, no sólo el concepto de secularización se revela sumamente estrecho para el análisis; también lo hace asimismo el concepto de romanización que, recientemente, ha comenzado a ocupar importantes posiciones en la historiografía acerca de la Iglesia.[42] Según la "tesis" de la romanización, la Iglesia Católica habría experimentado tanto a nivel universal como en los diferentes escenarios nacionales un fuerte proceso de concentración del poder en las manos del papado; síntoma de este proceso fue sin duda la celebración del Concilio Vaticano I de 1870, que no hizo sino fortalecer la autoridad papal en detrimento de la colegialidad episcopal.[43] En líneas generales, la idea de la romanización sugiere el control creciente, y cada vez más férreo, por parte del papado de la disciplina eclesiástica y al mismo tiempo la preocupación por someter al laicado a la autoridad estrecha de la jerarquía –la creación de la Acción Católica durante el pontificado de Pío XI habría sido en este sentido su expresión más visible–. En el contexto hispanoamericano, los principales hitos de este proceso de romanización fueron, entre otros, la creación del Colegio Pío Latinoamericano fundado en 1858, adonde fue a formarse buena parte de los clérigos que en los años sucesivos pasarían a ocupar las jerarquías eclesiásticas, y la convocatoria al Concilio Plenario Latinoamericano en 1899, que tenía como objeto uniformar la disciplina eclesiástica. En este mismo sentido, se ha interpretado que la prensa católica era un instrumento que servía de baluarte para garantizar y afirmar el proceso de romanización, difundiendo ideas acordes con la necesidad de consolidar la autoridad eclesiástica y hacer de la Iglesia una entidad jerárquica y piramidal, a la par que se

[41] Acerca de la "Sociedad Propagación de Buenos Libros", que habría editado cerca de 70.000 ejemplares en sólo su primer año de vida, véase "Propaganda de buenos libros", *La Unión*, 1 de enero de 1889; "Sociedad propagación de buenos libros", *La Unión*, 8 de noviembre de 1889. Acerca de la iniciativa de los salesianos, véase "Lecturas católicas", *La Unión*, 10 de enero de 1889. La suscripción anual a esta publicación salesiana era de 1,50$, mientras que la suscripción mensual de *La voz de la Iglesia* era de 1,30$. Los datos están extraídos de Ignacio Orzali, *La prensa argentina*, Buenos Aires-La Plata, 1893.

[42] Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1996. Para un análisis que contempla distintas experiencias latinoamericanas, véase Enrique Dussel, "La Iglesia en el proceso de la organización nacional y de los estados en América Latina, 1830-1880", en Álvaro Matute, Evelia Trejo y Brian Connaughton (coords.), *Estado, Iglesia y sociedad en México. Siglo XIX*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1995.

[43] La bibliografía en este punto es muy copiosa. Por ejemplo, puede verse Giuseppe Alberigo (ed.), *Historia de los concilios ecuménicos*, Salamanca, 1993.

entablaba un abierto combate con el mundo moderno y la prensa laica.

No obstante, nuestro estudio de la prensa católica concluye por someter a discusión la tesis muy en boga de la romanización. Con este objeto, hemos enfatizado que la prensa católica no se agotaba en su dimensión político-ideológica; no era tampoco un instrumento al servicio de la autoridad episcopal, sino que podía discutir e incluso intentar influir sobre las decisiones de la jerarquía eclesiástica. La tesis de la romanización corre el riesgo, según creemos, de sobredimensionar el papel que desempeña la Santa Sede y la jerarquía eclesiástica en la historia de la Iglesia, tanto a nivel universal como en las diferentes experiencias nacionales. Decimos que se trata de un riesgo porque, al incurrir en esta fórmula, se puede perder de vista el análisis por lo demás complejo de las relaciones que la Iglesia tiene con la sociedad en cada coyuntura diversa. Fue ello precisamente lo que intentamos retratar en este artículo: una Iglesia que estaba viva gracias a la participación activa del laicado; una prensa que, por su parte, cobraba sentido no tanto por sus columnas editoriales que casi nadie leía, por lo aburridas que eran, sino por el modo en que podía entrelazarse con el inagotable universo que componían las asociaciones parroquiales y las muy dispersas feligresías. Al menos hasta 1920, la prensa católica conservó en la Argentina la estrecha relación con sus lectores que hemos descripto en este artículo; luego de esa fecha, la prensa católica se complejizó porque comenzó a ingresar en una etapa de profesionalización y modernización que le plantearía nuevos desafíos e interrogantes, pero que escapan de los límites de este artículo. □